DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

EL DIA 3 DE NOVIEMBRE DE 1858,

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

de esta corte.

ACADEMIA BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

MADRID.—1858.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Francisco de Robles
Leganitos, 47.

Cajú 373-m-8515

DISCURSO.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

EL DIA 3 DE NOVIEMBRE DE 1858,

con motivo de la apertura de las cátedras

DEL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

de esta corte.

ACADEMIA
BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

MADRID.—1858.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Francisco de Robles.
Leganitos, 47.

Señores:

En el acto solemne de abrirse las cátedras de este Instituto, no puede ménos de experimentar el ánimo un sentimiento de satisfaccion, al ver que ni se amortigua el celo de tantos dignos profesores, ni el ardor de los alumnos, que acuden presurosos á recibir útil enseñanza.

Y si en todos tiempos se ha estimado de suma trascendencia abrir á la juventud las puertas del saber, salvándola de la ignorancia, no ménos perjudicial que deshonrosa, aun más necesario parece en la edad presente, que se distingue de las demas en la velocidad con que caminan las naciones por la senda de los adelantamientos y mejoras.

Para convencerse de esta verdad, así como del vastísimo espacio que en breve plazo han recorrido, ningun medio más propio y expedito que comparar el siglo actual, apénas pro-

mediado, con el que le ha precedido inmediatamente, eslabonados ambos en la cadena de los tiempos.

Á fines del siglo pasado la electricidad y el vapor, estos dos grandes agentes de la naturaleza, eran meros objetos de curiosidad en el gabinete de los físicos; y ya el célebre Francklin dió un paso portentoso, arrancando el rayo de las nubes y señalándole una senda inofensiva.

Conocíase la fuerza del vapor; pero sólo se la aplicaba á algunos usos, hoy casi olvidados, á fuerza de parecer mezquinos.

El mismo Napoleon, á pesar de su vasto génio, oyó con desdeñosa indiferencia el anuncio de la aplicacion del vapor á la navegacion en los mares; y eso que tenia la penetrante vista clavada en la Inglaterra; maldiciendo el breve estrecho que separa á uno y otro reino; como el águila que se cierne en los aires y vé escaparse de su alcance la codiciada presa.

Años, y no más, cuentan de vida varias de las aplicaciones del vapor y de la electricidad; algunos de sus inventores acaban de bajar al sepulcro; otros, y de los más famosos, existen todavía; y son ya tantos los adelantamientos que se han hecho y las inmensas ventajas que de ellos se han sacado, que la imaginacion se asombra, y se descubre un horizonte sin límites, abierto á la esperanza.

La industria se ha enriquecido con cien y cien máquinas, que ahorran sudor y fatiga al hombre, y proporcionan en ménos tiempo obras más acabadas. ¿Qué cosa más prodigiosa que la aplicacion del vapor á la imprenta? No parece sino que han tratado las ciencias de pagarle ese justo tributo.

Hasta la agricultura misma, apegada al suelo, y poco inclinada de suyo á ensayar nuevos métodos, ha hecho notables progresos en las naciones más adelantadas, que servirán á las demas de estímulo y ejemplo.

Por lo que hace á la navegacion y al comercio, sin temor puede asegurarse que el vapor y la electricidad han trocado, en pocos años, la faz del mundo. Si *el tiempo es oro* (como dice un proverbio ingles, apénas traducido en castellano) no es fácil calcular las ventajas de la rápida comunicacion entre los pueblos, sin que sirvan de obstáculo las distancias, los montes ni los mares.

Lo más singular es que, apénas se anuncia un proyecto gigante, que por su magnitud misma excita la incredulidad ó la duda, se vé ya realizado, y seguido de otro mayor, que borra su huella, como suele acontecer con las olas en la menuda arena.

Poner en instantánea comunicacion á Lóndres y á París se reputó un prodigio; y casi como aborto del orgullo del hombre, desvanecido con tantos triunfos, aspirar á verificar otro tanto entre el antiguo y nuevo continente. Mas acabamos de verlo realizado; y por un sentimiento natural en los que llevan á cabo grandes empresas, y contemplan en la inmensidad de los mares el poder del Altísimo, el primer pensamiento se ha dirigido á Dios, arrodillándose en el mismo instante, para bendecirle y darle gracias, en la costa de Terra-Nova y en las playas de Irlanda.

¿Quién duda ya (sean cuales fueren los obstáculos) de que lo mismo que acaba de unirse con tan estrecho vínculo la América y la Europa, se unirá esta con el Ásia; pudiéndose tal vez, en un breve término, recibirse noticias de los puntos más distantes del mundo habitado? La palabra *imposible* se ha borrado del diccionario de este siglo, como pretendia Napoleon que se habia borrado del suyo. Mas para ver lo que en esta senda se adelanta, conviene volver la vista atras, y medir, si es posible, la distancia.

La invencion del telégrafo óptico fué con justa razon muy

aplaudida: se le dieron nuevas y nuevas formas; se tuvo á maravilla que pudiera seguir hablando con su vecino en la oscuridad de la noche; pero siempre estaba sujeto á permanecer mudo por el estado de la atmósfera, y aun á veces sirvió este pretexto para retardar malas nuevas... Mas aquel instrumento, tan ensalzado ayer, yace hoy arrinconado; y si por casualidad descubrimos alguno, moviendo trabajosamente los brazos, le miramos como una antigualla, semejante á los molinos de viento, que hizo célebres, tres siglos há, el mayor ingénio del mundo.

Los medios ya adoptados, y las grandes obras que se proyectan, para acortar las distancias y poner en comunicacion á las regiones más lejanas, han de producir muchos efectos en el mundo físico ó material; mas no poco se engañaria quien quisiera medirlos con el compás ó la regla, y no los considerase en esfera más elevada. Será un bien ó un mal, si se quiere; pero es un dato de que no puede prescindirse, sin exponer á las naciones á gravísimas calamidades.

Es posible, probable, cierto quizá que el contínuo contacto de unos pueblos con otros borre, hasta cierto punto, el tipo original, la fisonomía propia que los distingue; pero este inconveniente, por mucho que se abulte ¿no estará compensado con muchas y sólidas ventajas?

El frecuente trato de unos pueblos con otros no puede ménos de contribuir á que se desarraiguen añejas preocupaciones, y se vayan amortiguando antiguas rivalidades.

Si á alguno se dijese: «Hubo dos pueblos poderosos, enemistados hasta el punto que, al declararse de improviso la guerra, se detenia á los inofensivos viajeros, y se les causaba todo género de vejaciones: cortábase la comunicacion entre ambos reinos, castigándola con severas penas; y si se hallaban mercancías de uno de ellos, se quemaban en la pla-

za pública, para encender más y más el ódio.» ¿Y en qué siglo bárbaro se observaba conducta semejante?... Á principios del siglo actual, entre Inglaterra y Francia.

¡Á cuántas reflexiones da márgen el recuerdo de aquella época, tan cercana, y lo que acaba de presenciar Europa! La augusta Reina de la Gran Bretaña viene á la inauguracion de las obras de Querburgo, y vé levantarse la estátua de Napoleon, como la de cualquiera otro personaje, célebre en la historia.

Ya que tanto se declama contra este siglo, la imparcialidad exije que se tome en cuenta el carácter pacífico y conciliador que le distingue; habiéndose ahogado, al nacer, tantas semillas de discordia que, en otra época, hubieran cubierto de ruinas y desolacion á la tierra.

En buen hora que se tenga como impracticable el dorado ensueño del abate Saint-Pierre, y que se espere escaso fruto de los discursos pronunciados en los *Congresos de la paz*; el hecho es que los grandes intereses, creados en las naciones, y que las unen con recíprocos lazos, son un elemento de gran peso para afianzar la tranquilidad en su seno y evitar entre ellas lamentables conflictos. Al menor amago de perturbacion, se ponen todas en alarma; se entorpecen las relaciones mercantiles; y el crédito se conmueve, á la par que el alambre eléctrico que trasmite una importante nueva.

Ni debe echarse en olvido que, con el recíproco trato entre los pueblos, se trasplantan invenciones útiles; se promueve una emulacion saludable, y se acrecientan por mil medios más ó ménos directos, pero todos ellos eficaces, la riqueza y el bienestar de las naciones. Así puede decirse que hay un fondo comun, propio de todas ellas, que forma como un rico tesoro de civilizacion y cultura.

En la actualidad apénas se comprende cómo han podido

existir ciertas instituciones, que aún subsistian, no há muchos años, en algunos pueblos de la culta Europa. ¿Quién concibe la Inquisicion en el suelo de España, cubierto de telégrafos y cruzado por ferro-carriles?

No debe, por lo tanto, causar extrañeza que miren con malos ojos los progresos de la edad presente todos los que, por preocupacion ó por cálculo, echan ménos los antiguos tiempos y los ensalzan á porfía; cual si fuera posible borrar las manchas de lágrimas y sangre que han dejado en su rastro.

¡Contraste singular! Miéntras en algunas naciones cultas procura dominar una secta que, llevando la enseña del cristiano para allegar prosélitos, promueve una especie de *cruzada* contra la civilizacion y cultura, hay tres Príncipes, dotados de nobles prendas y generoso aliento, que á la cabeza de sus pueblos, se afanan por sacarlos de la barbárie y hacerlos partícipes de los beneficios que disfrutan otras naciones.

Siguiendo la senda de uno de sus predecesores, que recogió no escasa gloria, si bien no todo el fruto de su azarosa y trabajada vida, el sucesor de Mehemet-Alí templa el rigor de aquel gobierno, plantea útiles reformas, y contribuye con ahinco á que se lleve á cabo una obra de importancia suma para el comercio del mundo.

Aun ántes de que se abra ese nuevo camino para el Ásia, que ha de hacer más fácil y asequible la regeneracion de aquella parte del mundo, existe allí un Soberano, el Shá de Persia, que es fama posée algunas de las lenguas de la culta Europa, y se dedica á introducir en sus Estados notables mejoras; sintiendo que se hallen tan remotos los tiempos en que la luz de la ciencia nacia como el sol en Oriente, para alumbrar y fecundar la tierra.

Situada entre la Europa y el Ásia, como para marcar el lindero entre la civilizacion y la barbárie, la Turquía llama poderosamente la atencion del mundo por la grave situacion en que se encuentra. Aquel imperio, que amenazó á la cristiandad en las aguas de Lepanto, y más tarde al continente en los muros mismos de Viena, se presenta hoy dia como un antiguo edificio cuarteado, cuyos contínuos crugidos infunden terror, cual anuncio de próxima ruina.

Pocos espectáculos tan grandes pueden ofrecerse á la meditacion del filósofo y del estadista. Minadas por la edad vinieron á tierra las columnas que sostenian aquel Estado; y no se acierta á colocar en su lugar otras nuevas. El espíritu de reforma lucha por vencer las antiguas preocupaciones; como un rio caudaloso que intenta penetrar en el mar, y el choque es tanto más terrible cuanto mayor es la fuerza de entrambos.

En hora menguada hubo de nacer el bondadoso Príncipe que actualmente ocupa aquel trono: su padre lo vió amenazado de cerca por un vasallo rebelde: habia desaparecido en un lago de sangre la formidable guardia, terror á un tiempo y apoyo del serrallo; habíase escapado de su dominacion la Grecia, erigida ya en Estado independiente; y falleció Mahamud, sin poder plantear las reformas que habia emprendido con más arrojo que prudencia.

Aun sin tener en cuenta la enemistad, descubierta ó latente, de vecinos ambiciosos, la Turquía encierra en su seno mismo el gérmen de la enfermedad mortal, cuyos síntomas se anuncian cada dia con mayor gravedad y violencia.

Cejar hasta la antigua barbárie no es posible; ni aquel Soberano lo desea, ni lo consentiria la Europa cristiana, cuyo brazo está á duras penas sosteniendo aquel caduco Imperio.

Mas para adelantar en la senda de las reformas hay que

superar grandes obstáculos, y sobre todo el que opone el fanatismo de los musulmanes. Acostumbrados por espacio de siglos á mirar á los *rayás* poco ménos que como esclavos, ha de costarles dificultad suma considerar sus personas y sus propiedades como las de los verdaderos *creyentes*; por más que así se proclame en los edictos del Soberano, y lo prescriban nuevas leyes, que nacen casi muertas, y cuya ejecucion está confiada á quienes tienen que luchar con su corazon y su conciencia.

La *fatalidad*, erigida en dogma, propio de pueblos esclavos, y la *poligámia*, tan arraigada en aquella gente, son dos grandes obstáculos en la senda de las mejoras; pues que rompen el resorte de la moral, que es el libre albedrío, y dejan á descubierto la santidad del hogar doméstico.

Sea cual fuere el punto á que se elevara la civilizacion en los pueblos de la antigüedad, tengo por una verdad inconcusa que, en los tiempos presentes, sólo pueden adelantar las naciones, guiadas por la antorcha del cristianismo.

Merced á su benéfico influjo, se templa el poder en los que mandan, y se allana la sumision en los que obedècen; él infunde sentimientos de igualdad en los hombres, apellidándolos *hermanos*; y léjos de solevantar contra las clases acomodadas las pasiones aviesas de la muchedumbre, halla en el tesoro de la *caridad*, de suyo inagotable, uno de los remedios más eficaces contra la dolencia mortífera que aqueja á nuestro siglo.

Á la Religion cristiana se debe en grandísima parte que se hayan disminuido los horrores y estragos de la guerra, á la par que se ha mejorado el código civil; elevando la condicion de la mujer, ántes esclava, y ahora compañera del hombre. La misma causa ha contribuido á proscribir penas atroces, y á desterrar supersticiones y costumbres bárbaras.

que aún subsisten, con mengua de la humanidad, en algunas naciones.

Dos hechos de suma trascendencia, bajo este concepto, acaban de verificarse en el Ásia.

Único tal vez en los anales de la historia, existe allí un Imperio, que cuenta de extension centenares de leguas y muchos millones de habitantes. Hállase sometido á una nacion, situada á larga distancia, tan pequeña, que apénas se divisa, rodeada por el mar en Europa. Y para que todo sea extraño y peregrino, una compañía de mercadantes ha ejercido hasta ahora una especie de soberanía sobre aquellas remotas regiones, si bien á la sombra de la madre patria, que ha extendido allí su dominacion con la adquisicion de uno y otro reino. Mas cuando ménos se temia, estalló de súbito una rebelion formidable; y el gobierno ingles, por lo comun tan cauto y previsor, se encontró como quien despierta sacudido violentamente por un temblor de tierra.

Empeñada la sangrienta lucha, que puede apellidarse entre la civilizacion y la barbárie, cualesquiera que sean sus vicisitudes, el éxito final no puede ser dudoso; así como tampoco que los recientes sucesos han puesto de manifiesto la gravedad del mal y la necesidad de poner remedio.

Se han reconocido los vicios de la antigua organizacion, en que tal vez se habia atendido más de lo conveniente al espíritu mercantil, tan preponderante en el Reino Unido; y se ha robustecido la accion tutelar del Gobierno supremo, apareciendo más eficaz y desembarazada.

Sean cuales fueren las resultas del plan que acaba de adoptarse, sometiéndole á la piedra de toque de la experiencia, se puede sin temor afirmar que en la gobernacion de las vastas posesiones de la India se han de practicar importantes mejoras; prestándose más atencion á la parte moral y

religiosa, única base firme de la civilizacion de los pueblos.

Aun de mayor cuantía, bajo todos conceptos, es lo que acaba de acontecer en la China, que no ha excitado la admiracion que merece, por vivir en el siglo de los portentos.

Hasta estos últimos tiempos, habian sido casi de todo punto infructuosas cuantas tentativas se habian hecho, en varias épocas y por distintos Gobiernos, para entablar relaciones políticas y mercantiles con aquel dilatado Imperio, que parecia cerrado herméticamente, por decirlo asi, y segregado del resto del mundo.

Mas, de pocos años á esta parte, ha cambiado su situacion hasta el punto de ofrecer para lo venidero las más halagüeñas esperanzas. Por el tratado de Nankin adquirió la Inglaterra una isla, que puede considerarse como una escucha, colocada en campo enemigo; y se abrieron cuatro puertos al comercio extranjero; echándose de ver el espíritu de este siglo, en que no se estipuló esta ventaja únicamente en favor de la potencia que habia triunfado, sino en pro comunal de todas.

Cierto que aquel tratado no ha sido cumplido fielmente, así como tampoco el que despues celebró la Francia, á semejanza del de Inglaterra; pero ya fué un paso de gran monta, para adelantar en la propia senda.

Así acaba de verse, sin admiracion ni extrañeza, unidas las armas de uno y otro reino, obtener por galardon de una breve contienda el tratado más ventajoso.

Por vez primera, en los fastos del mundo, van á entablarse relaciones comunes entre el Celeste Imperio y los demas Estados: ¿y quién es capaz de calcular las resultas de semejante acontecimiento?

Puede en verdad decirse que han aparecido de improviso en la sobrehaz de la tierra cuatrocientos millones de habi-

tantes; y no atrasados en ciencias y artes, como los antiguos pobladores de América, ni de índole feroz, como los que abrasa el sol en el riñon del África; sino dóciles, industriosos, imitadores por instinto, acostumbrados á llevar hasta el último grado de perfeccion cuantas obras emprenden. Puestos en contacto con naciones más adelantadas, se desvanecerán por sí mismas las preocupaciones que les hacian considerar á los demas pueblos como *bárbaros*; y al antiguo tesoro de saber, que aún conserva sin borrarse el sello de Confucio, se allegarán las inmensas riquezas que han dejado en su curso los siglos.

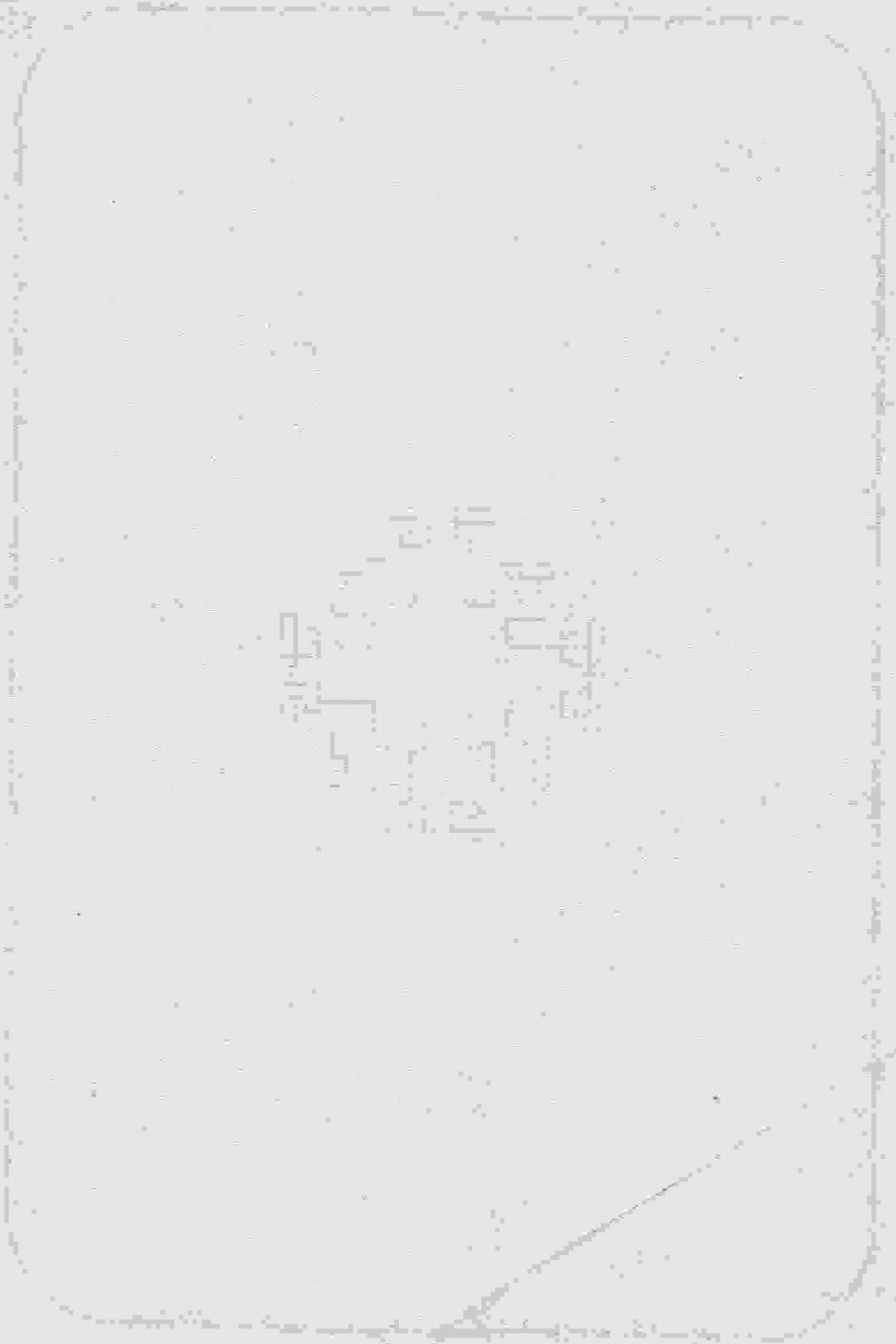
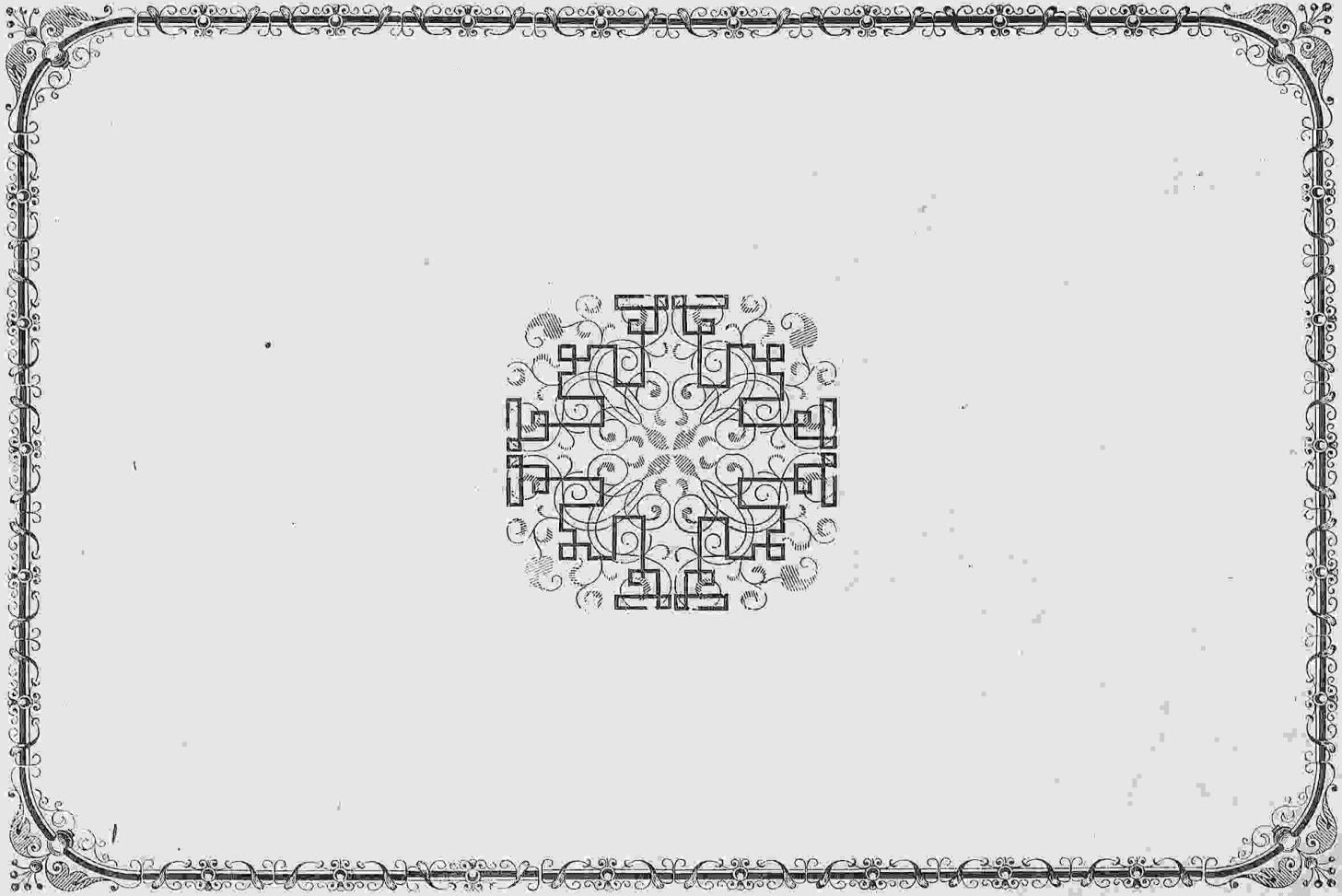
En el reciente tratado no podia olvidarse un punto tan capital como la propagacion de la fe cristiana, expuesta en aquel Imperio á durísimas persecuciones.

Para evitar que en lo sucesivo se repitan, se ha adoptado un medio más eficaz que los anteriormente empleados: naciones poderosas han aprendido la vía de Pekin, y el eco de sus armas ha llegado hasta el mismo palacio.

Al contemplar éste y otros hechos, su orígen, su encadenamiento, la oportunidad con que vienen á colocarse en el vasto espacio de los tiempos, ¿quién no reconoce la mano misma que trazó á las estaciones su círculo y su curso á los astros?

La invencion de la imprenta señala el límite entre la edad media y la época del renacimiento; y el génio del hombre cobra alas, cuando se presenta á su ambicion de saber un campo inmenso.

El manejo de la brújula enciende el natural deseo de aventurarse en más largas peregrinaciones, y Colon encuentra un Nuevo-Mundo, yendo en busca de las Indias; en tanto que Vazco de Gama se encamina á aquellas regiones, doblando el proceloso cabo de Buena-Esperanza.

En nuestros dias, ahora mismo, se fijan las miradas de las naciones cultas en el itsmo de Suez, contando con impaciencia el tiempo que se tarda en abrir un canal navegable, que acorte, no ménos que en una *mitad*, la distancia entre Europa y las Indias; y para mostrar su necesidad y su urgencia, ocurre la rebelion de las posesiones Británicas, y el Japon y la China abren sus puertos al comercio de las naciones extranjeras.

El ánimo se eleva y el corazon se ensancha, al ver al humano linaje caminar por la senda de la civilizacion y cultura, sin retroceder, sin pararse, adelantando siempre, á la luz de su celestial guia; como la columna misteriosa que precedia á los Israelitas en el desierto, hasta llegar á la tierra prometida.